

*Arturo Oropeza García**

LATINOAMÉRICA EN SU LABERINTO, O LOS RETOS DE SU INTEGRACIÓN

SUMARIO: I. ¿Bolivarismo o Divisionismo?. II. En medio de una Globalización Desbocada (Globalizarse o morir en el intento). III. La integración latinoamericana y el aplanamiento asiático. IV. ¿La Integración, posible?. V. La relación México-Brasil. VI. Conclusiones.

I. ¿Bolivarismo o Divisionismo?

Después de más de dos siglos de pensar en una sola América (1805-2007), y de cerca de cincuenta años de hablar de integración formal en América latina (1960-2007), muchos de los estudiosos sobre el tema, y de manera especial, los nuevos estudiantes de las áreas económico-sociales que se acercan a él, se preguntan con un gran dejo de escepticismo si vale la pena invertir su tiempo en un largo periodo sembrado de buenos deseos y de múltiples instituciones, pero que al final nos dan como saldo una región dividida, conformada a través de cinco esquemas formales de integración (Sistema de Integración Centroamericana *SICA*, Asociación Latinoamericana de Integración *ALADI*, Comunidad del Caribe *CARICOM*, Mercado Común del Sur *MERCOSUR*, Comunidad Andina *CAN*), pulverizada en su comercio zonal con más de cincuenta tratados de libre comercio, que de manera conjunta, arrojan un comercio intraregional de tan solo quince por ciento promedio.

* Arturo Oropeza García es Doctor en derecho por la Universidad Nacional Autónoma de México. Juez por parte de Brasil dentro del mecanismo de solución de controversias del MERCOSUR. Autor de diversas obras sobre Derecho Comercial Internacional e Integración Económica. Autor del libro “China, entre el reto y la oportunidad”, editado en febrero de 2006. Ha impartido conferencias en el Instituto de América Latina, de la Academia de China de Ciencias Sociales, en Beijing, China. De igual modo, participó con la conferencia “Experiencias de la relación de China con Latinoamérica”, en el Foro de Cooperación China-África, en la Ciudad de Johannesburgo. Ha sido conferencista permanente en las Jornadas de Derecho Internacional de la Organización de los Estados Americanos (OEA), celebradas en diversos países de la región Latinoamericana, de igual modo que colaborador de diversos diarios y revistas en México y Latinoamérica.

En la parte económica, el resultado de la región también es desalentador, al reportar durante el período de 1980 a 2005 un crecimiento incipiente de 2 por ciento promedio, quedando rezagada respecto a otras economías de *integración informal* como la propia China, que en el mismo periodo tuvo un incremento porcentual promedio de 9.5 por ciento promedio.

Al respecto tenemos que reconocer que el enorme esfuerzo desplegado a lo largo de medio siglo de integración formal, no se ha correspondido en los hechos. Innumerables reuniones regionales, un gran despliegue de equipos de trabajo, e incontables gastos operativos para sostener una costosa burocracia zonal, son el signo de una región que sigue viviendo una simulación en el marco de una *globalización desbocada*, que exige las mejores prácticas de las diferentes regiones del mundo para hacerle frente a una nueva generación de retos globales.

Las explicaciones del fracaso son de orden múltiple. Desde las antropológicas y culturales, pasando por las deterministas; desarrollando ampliamente las de la dependencia, o agregando las evolutivas, hasta las de la competencia intrazonal. A la fecha se cuenta con una amplia gama de teorías que explican las razones del fracaso, las cuales se contrastan con la carencia de fórmulas que esquematicen el correcto aprovechamiento de la complementariedad de 33 naciones latinoamericanas, que puedan competir exitosamente con los nuevos actores económicos regionales, formales o informales, como la Unión Europea, China, India o la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN), entre otros.

Ciertamente no ha sido por falta de visión de futuro la ausencia de logros satisfactorios en materia de integración. Como otras regiones, Latinoamérica también ha contado desde principios del siglo XIX con la aportación de hombres visionarios que la imaginaban irremediablemente unida, a fin de enfrentar los retos que desde entonces la amenazaban (Lucas Alamán, Guadalupe Victoria, Bernardo Monteagudo, Cecilio del Valle, entre otros).

Desde 1805, por ejemplo, un año después de que Napoleón se convertía en Emperador de Francia, Simón Bolívar ya hablaba de la independencia de América. Es por demás famosa su arenga de juventud, en un viaje por Italia y en la cima del Monte Sagrado cuando señaló:

Juro por el Dios de mis padres; juro por ellos, juro por mi honor y juro por la Patria, que no daré descanso a mi brazo ni reposo a mi alma, hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español.¹

Promesa que llevó hasta sus últimas consecuencias desde 1810, cuando inició la independencia de Venezuela, hasta su muerte en 1830, en el marco de la reestructuración de la independencia subregional.

Es probable que a lo largo de las dos últimas centurias no haya habido una percepción más clara de la necesidad de la integración regional, que en el pensamiento y en la acción político-militar de Bolívar.

En este sentido destaca de manera especial la primera convocatoria que el Caudillo lanzó desde Lima para la realización del Congreso de Panamá en 1826, de cuyos objetivos resalta la configuración de un poderoso bloque americano que permitiera fijar una posición equitativa y de equilibrio frente a las grandes potencias del mundo, especialmente ante España, que se negaba a retirar su influencia militar del continente.²

*Una sola debe ser la patria de los americanos,*³ agregaba un Bolívar sin dudas, consciente de las amenazas de su tiempo; y para ello inauguraba un *pacto americano* integrado por todas las repúblicas de la zona, las cuales formarían un cuerpo político que presentara a América frente al mundo, con un aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas.⁴

Bolívar siempre pensó en una integración sin exclusiones, en una suma de nuevas naciones americanas a fin de disminuir sus evidentes debilidades. El Congreso de Panamá, por ejemplo, más allá de sus limitaciones, fue pensado por Bolívar como un punto de partida para la integración de una Federación de Estados; de una verdadera *anfitionía* a la manera de las antiguas ciudades griegas, a la cual invitó a las nuevas repúblicas sudamericanas, de igual modo que a México y a Centroamérica (Guatemala).

¹ Busaniche, José Luis. Bolívar visto por sus contemporáneos. Fondo de Cultura Económica. México, 1995. p. 16

² Oropeza García, Arturo. México-Mercosur, un nuevo dialogo sobre la Integración. Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales, Plaza y Valdez, México, 1999, p. 101

³ Busaniche José Luis, Ob. Cit., p. 48

⁴ Idem.

El sentimiento americanista de Bolívar era tan arraigado que en sus intenciones no bastaba la liberación de la mayoría de las naciones sudamericanas de la época, en algún momento (carta de 8 de agosto de 1820 dirigida a Santander), pensó, si Dios lo asistía, apoyar la liberación de México, de la Habana e incluso la de Puerto Rico.

El caso de México, por ejemplo, siempre guardó en la visión bolivariana un lugar de especial importancia, dentro de ese sueño de suma de luchas, de esfuerzos, de cara a un momento significado de amenazas militares, del ejercicio de la hegemonía de las armas. Desde 1815, dentro de la misiva que escribiera en Kingston, además de revelar de manera evidente su sueño de hacer de América *la más grande nación del mundo*, agregaba que: *La metrópoli, por ejemplo, sería Méjico, que es la única que puede serlo por su poder intrínseco, sin el cual no hay metrópoli*. Opinión que respaldaba a la luz de los datos revelados en su época por el Barón de Humboldt, el cual hablaba de que México ya contaba con una población cercana a los ocho millones de personas en ese tiempo.⁵

Bolívar siempre tuvo una imagen importante y cercana de México, desde que a la edad de quince años, por una eventualidad marítima, tuviera la oportunidad de desembarcar en Veracruz y conocer la capital de la entonces Nueva España en 1799. En 1825, cuando pensaba salir fuera de Colombia, le comentó al General Santander: *si el gobierno me quisiese emplear en Mejico, como agente diplomático, me alegrará, porque al fin es un país agradable, sano e independiente*.⁶

Por ello, dentro de todas las interpretaciones del fracaso de la integración de América Latina no se puede incluir la falta de visionarios, porque Bolívar, y sus contemporáneos, con sus sueños y acciones, dejaron una huella enorme que sigue sin ser repetida, en esa magnitud y claridad, por ningún actor latinoamericano.

Al final pareciera que la región, en vez de hacer un esfuerzo de cumplir con la última voluntad bolivariana de *ojala yo pudiera llevar conmigo el consuelo de que permanezcan unidos...*, ha tenido que ajustarse a la sentencia de San Martín, que en 1822 exhortaba: *Únanse como es*

⁵ Valle Heliodoro Rafael, Bolívar en México, Acervo Histórico Diplomático, segunda reimpresión. México, 1993. p. XII.

⁶ Ob. Cit. P. XI

*necesario, y con este paso desaparecerán los españoles del Perú. Después matémonos unos contra otros si éste es el desgraciado destino que espera a los patriotas.*⁷

Unión-destrucción; integración-división; desarrollo complementario-división sectaria; destino compartido-sálvese el que pueda; integración posible-división regional; son las diferentes dicotomías que desde hace más de 200 años han estado a la disposición de las diferentes naciones latinoamericanas. Resulta evidente que a la fecha la elección no ha sido la más adecuada.

Lejos de generar una inspiración, la teoría bolivariana se ha convertido por la perversión del tiempo, en combinación con la pobreza de sus actores, en un sinónimo de romanticismo, si no es que de franco candor teórico. O peor aún, en elemento integrante de un discurso perverso, que maneja a modo la filosofía bolivariana para dividir y segmentar a las naciones de América Latina.

Como se dice coloquialmente, la vara se colocó muy alto, y aunque el propio Bolívar confesaba a sus íntimos que la aplicación de sus ideas políticas requerían de más de cien años y de dos o tres generaciones,⁸ se ha duplicado el tiempo y todavía no se ve cercana una política formal de complementación latinoamericana, y por el contrario, lo que se puede apreciar a la fecha es el inicio de una refundación informal de los diferentes esquemas intentados con anterioridad, a través de una interpretación parcial y equivocada de la propuesta bolivariana.

En este punto tendríamos que preguntarnos: ¿vale la pena seguir hablando de integración? ¿Vale la pena hablar de integración latinoamericana? ¿Sigue teniendo vigencia el ideal bolivariano de una *América* unida? ¿Se acabaron las amenazas que retan a la región en su conjunto? ¿se deben dejar separar las placas tectónicas de una Sudamérica y de una Centroamérica más México? ¿Quién gana? ¿Quién pierde?

En el gran marco de una *globalización desbocada*, y en medio de la Crisis del Estado-Nación, no cabe duda que una involución regional en temas comunes, tiene un costo diario para América Latina en general, el

⁷ Busaniche José Luis. Ob. Cit. P. 116

⁸ Ob. Cit, p. 142

cual lo paga cada país, con diferentes rangos, en términos de un menor comercio, desarrollo, crecimiento y empleo.

II. En medio de una Globalización Desbocada (Globalizarse o Morir en el intento).

Pocas palabras se manejan ahora con tanta imprecisión como el término 'global'. Se dice que la ecología constituye un problema 'global'. Se afirma que los medios de comunicación, están creando una aldea global. Las empresas anuncian orgullosamente su globalización. Los economistas hablan de crecimiento o de recesión global. Y no hay político, funcionario de la ONU o santón de los medios de comunicación que no esté dispuesto a adoctrinarnos acerca del sistema global.⁹

Hablando de exfuncionarios de la ONU, dice Kofi Annan que: *argumentar en contra de la globalización es como argumentar en contra de la ley de gravedad*, cortando de tajo los debates trasnochados sobre la existencia de un fenómeno que invade por igual, en mayor o menor grado, la vida de los más de 6,500 millones de seres que habitamos la tierra. Sin embargo, el énfasis sobre el tema de la globalización dejó de ser hace mucho tiempo sobre la existencia de un fenómeno que invade por igual, en mayor o menor grado, la vida de los millones de seres que habitamos la tierra, y más bien se ha convertido con el tiempo, en un debate que se ha centrado sobre la intensidad o procedencia de sus resultados. No es lo mismo como aprecia la globalización un irlandés que un etiope; ni un chino, beneficiado con la apertura asiática, en relación a un hondureño o un guatemalteco; incluso, con otro chino que sigue en el sector rural en espera de su mejora social.

La globalización se ha convertido en un tema omnipresente a nivel mundial, y en no pocas veces ha tentado a innumerables tratadistas a incurrir en la tentación de la contundencia, cuando por la propia naturaleza del fenómeno, de ser una realidad multifacética y multisectorial en

⁹ Toffler, Alvin y Heidi. Las guerras del futuro. Plaza and Janes. España, 1994. p. 335

permanente movimiento, resulta difícil de captar su fenomenología, y de manera especial, la bondad o la perversidad de sus resultados.

Al respecto, de manera sutil opina Stiglitz: *Creo que la globalización posee el potencial de generar enormes beneficios tanto para el mundo en desarrollo como para el mundo desarrollado. Pero existen pruebas abrumadoras de que no ha actuado con este potencial.*¹⁰ Por su parte Soros agrega:

*Es evidente que se han dedicado pocos recursos a corregir las diferencias de la globalización. Y resultado de ello es el desequilibrio entre los países ricos y pobres que no cesa de crecer. El uno por ciento más rico del planeta recibe tanto como el 57 por ciento de los pobres. Más de mil millones de personas carece de acceso a agua limpia, 826 millones sufren de malnutrición, diez millones mueren todos los años a causa de la falta de atenciones médicas mínimas. Estas condiciones no están necesariamente causadas por la globalización, pero la globalización ha hecho muy poco para ponerles solución.*¹¹

Como se puede apreciar, las reflexiones no han concluido y a las opiniones anteriores podríamos sumar otras que defendieran los números negros de lo global.

Al respecto vale subrayar que el componente de *alta velocidad* que acompaña al fenómeno de la globalización, derivado de su factor tecnológico, ha venido complicando su análisis y la posibilidad de apreciarlo a plenitud, porque no se ha acabado de analizar su pasado, cuando desborda su presente y no deja tiempo de entrever su futuro. En torno a la globalización, parafraseando a Gombrowics tendríamos que decir que todo lo que sabemos de la ‘globalización’ es incompleto, es inexacto. Cada día se nos presentan mayores datos que anulan su conocimiento previo, lo mutilan o lo ensanchan. Al ser incompleto, ese conocimiento es como si no supiéramos nada.

¹⁰ Stiglitz, Joseph E. *Cómo hacer que funcione la globalización*. Taurus, México, 2006. p.28.

¹¹ George Soros, *Globalización, Planeta*, México, 2002, p.29

Como ejemplo de lo anterior podríamos señalar que la radiografía del mundo económico de 1990, a escasos 17 años, nada tiene que ver con la de 2007. Al inicio de la década de los 90, China no aparecía en los radares del mundo económico y comercial, siendo poco atendida por políticos, empresarios o académicos; y el mundo entero, en ese momento, nunca pensó que al cabo de década y media el país asiático se convertiría en una pieza fundamental de la vida económica del orbe y del comercio de nuestros respectivos países, llevando al matrimonio Toffler, no sin cierta crítica, a reconocer que:

El desarrollo de China con vistas a convertirse en una potencia mundial contemporánea y rica puede desviarse, debilitarse o dar marcha atrás...

Pero interesa al conjunto de la especie humana que no fracase su vacilante concepto, aterrador y doloroso experimento de reducir la pobreza...

Ya que el modo de gestionar la colisión de las olas de riqueza tendrá efecto en los empleos, las carteras y los productos, hasta en la ropa de nuestros hijos y los ordenadores que usamos.

China forma parte ahora mismo de todos nosotros.¹²

Vivimos en medio de una *globalización desbocada*, que en razón de su enorme velocidad, nos tiene sumidos en un bosque de niebla, en la que todo mundo la define o la explica de acuerdo a lo que esa neblina le deja ver, o de acuerdo a los resultados que le deja sentir.

En su artículo *El futuro desconocido*, dice Gopal Balkrishnan que: *la parte optimista de la globalización –la ideología dominante de la última década– va en retirada.¹³ Sin embargo, Giddens afirma que: la globalización económica, en conjunto, ha sido un éxito y que el problema ahora es cómo maximizar sus consecuencias positivas y a la vez limitar sus efectos menos afortunados.¹⁴*

¹² Toffler, Alvin y Heidi. *La Revolución de la Riqueza*. Debate, México, 2006. p.449

¹³ Este País, México, junio 2005, p.6

¹⁴ Anthony Giddens, *La tercera vía y sus éxitos*, Taurus, México, 2001, p. 135.

Geoffrey Garrett, por su parte, alerta sobre la globalización, pintando un difícil escenario para los países de ingresos medios, dentro de los cuales se encuentra la mayoría de los países latinoamericanos:

Amigos y enemigos de la globalización pasan por alto uno de sus efectos críticos: si bien ha servido bien a los países ricos y mejor a los pobres, la globalización ha dejado que países de ingresos medios luchan por encontrar un nicho en los mercados mundiales. Como estos países no pueden competir en conocimiento o en la economía de bajos salarios, sin ayuda, se quedarán al margen del camino.

Lo vertiginoso del cambio y la imprevisibilidad de los movimientos de la globalización, hacen que los especialistas no se pongan de acuerdo en su naturaleza, ni sobre la calidad de sus logros. A pesar de ser un término que nos ha inundado y esta en todas partes desde finales de los ochenta (por lo menos como concepto), la dificultad de captar un fenómeno económico-social-político tan reciente, hace que opiniones que se aceptaban hace menos de cinco años, hoy se encuentren en desuso o seriamente cuestionadas, como la definición de Giddens, que hablaba de la globalización como un fenómeno dirigido por Occidente, que llevaba la fuerte carga del poder político y económico de Estados Unidos.¹⁵ Hoy los propios estadounidenses, ante el evidente éxito de los países de Asia-Pacífico, y en especial de China, con la que tienen un abultado déficit comercial de más de 200 mil millones de dólares, están empezando a dudar sobre si ellos orientan en verdad el movimiento.¹⁶

Ante todo lo anterior, parecería que en el mundo se intensifican las preguntas sobre globalización, economía, comercio y seguridad. Surge también una duda cada vez más generalizada sobre las nuevas piezas del Estado moderno y su soberanía. Aparecen nuevas tesis sobre el cosmopolitanismo, el mundialismo o universalismo como ideas renovadoras sobre una globalización que como dice Beck, mientras más se

¹⁵ Giddens, Anthony, *Un Mundo Desbocado*, Taurus, Madrid, 2000, p. 15.

¹⁶ Oropeza García, Arturo, *China entre el reto y la oportunidad*, IJ, UNAM, México, 2006, p. 32

le resiste, más se acelera y más se legitima.¹⁷ Y aparece un mundo sin respuestas que preocupa a los países desarrollados, que ven perder de manera paulatina el *establishment* al que estaban acostumbrados, de igual modo que la disminución de sus perspectivas y la desaparición de las fronteras y los fundamentos de posguerra que soportaron su bienestar. Preocupa también a una gran parte del mundo en vías de desarrollo, incluyendo de manera especial a los países latinoamericanos, porque cuando parecía que llegaba a la tierra prometida, resulta que *los engañaron*; que ya la riqueza no se genera con la manufactura, y que ahora tendrán que privilegiar la tecnología, la educación y los servicios.

La globalización no es, de ningún modo, un fenómeno sencillo que pueda traducirse fácilmente, al contrario, su influencia avasalladora en la economía, el derecho, el comercio, la política y la sociedad, es de tal magnitud, que generalmente desborda a sus destinatarios en la difícil tarea de enfrentarle. Además del impacto de la globalización en la generación de la riqueza de las naciones (donde sólo los bienes y servicios tecnológicos pueden aspirar a la nueva acumulación de capital), sus líneas colaterales se introducen velozmente en la sociedad, retándola a su transformación y cambio, a un ritmo que no han podido sostener la mayoría de los países.

En la parte académica, al igual que la pública, las diferentes teorías distan mucho de ponerse de acuerdo. Avanza por un lado la tesis de los apologistas del movimiento global, con una apreciación de simple desdoblamiento del libre mercado, maravillados por una pirotecnia que no permite todavía contar las varas de los cohetes quemados. Trabajan con una postura que pasa por la rendición sin condiciones de fronteras de carácter económico y comercial, avalada ésta por la transferencia que se da en los hechos en la industria, la tecnología, la inversión, e inclusive en el mercado. Esta teoría reconocida como la de los globalistas neoliberales, argumenta *que con la globalización ha surgido una civilización sin duda mundial, la civilización de mercado, en la cual el principio de la competencia genera las bases del progreso humano. El bienestar económico mejora porque la globalización es una fuerza benigna que promueve el comercio y los flujos de inversión, lo que contribuye de forma*

¹⁷ Ulrich, Beck, Poder y contrapoder en la era global, Paidós, Madrid, 2004, p. 273.

*equitativa al crecimiento económico y por lo tanto, a sacar a la gente de la pobreza.*¹⁸ Esta postura la sostienen de manera importante los organismos internacionales como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional; de igual modo que con algunos matices, internacionalistas como Krugman, Ohmae, Bhagwati, etc.

Por otro lado aparece una postura antiglobalifóbica (Hirst, Thompsoon, Calhínicos, Petras, etc.), que sostiene que la mundialización es un mito que cubre la realidad de una economía internacional cada vez más segmentada, con el desarrollo de una nueva estructura económica; como el proyecto político de una clase capitalista trasnacional, con una estructura para servir y promover sus intereses.¹⁹

Una tercer corriente, crítica de los extremos anteriores (globalistas transformacionalistas), *alude a un cambio o transformación en la escala de las organizaciones humanas que pone en contacto a comunidades alejadas y acrecienta el alcance de las relaciones de poder por todas las zonas del mundo.*²⁰ Esta línea, donde se trata de alinear a las diferentes voces que tercián sobre el tema (Beck, Friedman, Stiglitz, Held, McGrew, etc.), es un ejercicio inconcluso, que intenta ordenar una serie de tesis, de las cuales seguramente surgirán con el tiempo nuevas tendencias, en la medida que se profundicen los estudios, pero sobre todo, que se vaya apreciando con mayor claridad la fenomenología de una *globalización desbocada y tramposa*, que lo mismo da elementos para construir su apología como su detracción.

Mas allá de la tesis de preferencia, lo que preocupa de la globalización es la incapacidad que se tiene de entenderla, de capturarla y sobre todo, de regularla dentro de su proceso de transformación, mientras su avance va destruyendo y creando nuevas reglas de generación de la riqueza que salen de los parámetros de control del *contrato mundial* acordado por los principales actores económicos de la post-guerra.

Bretton Woods y sus instituciones derivadas directa o indirectamente, como el Banco Mundial (BM), el Fondo Monetario

¹⁸ Lerman Alperstein Aida. El debate sobre la globalización y la naturalización. Revista de Comercio Exterior. Num. 12. México, Dic, 2006 p. 1040

¹⁹ Ob. Cit. P. 1043

²⁰ Ob. Cit. P. 1045

Internacional (FMI), la actual Organización Mundial de Comercio (OMC), etc., son las primeras en enfrentar una crisis estructural, al mostrar reiteradamente su incapacidad para orientar sus sugerencias no sólo a los países en vías de desarrollo, sino incluso a los países del *establishment*, a quienes no acaban de sugerir fórmulas adecuadas para superar el apenas crecimiento crónico de dos por ciento promedio, y disminuir el desempleo sostenido del diez por ciento promedio, de los últimos años, como a los países de Europa Occidental; o la disminución de los escandalosos déficits de los Estados Unidos, que rebasan ya el billón y medio de dólares. O, en el caso de los países en vías de desarrollo, a disminuir sus índices de pobreza, o peor aún, de desigualdad, a pesar del crecimiento sostenido de los últimos cuatro años (cinco por ciento promedio), producto de un auge coyuntural en precio y cantidad de sus materias primas.

Derivado del ambiente de incertidumbre que genera la globalización, en 2001 se creó la Comisión Mundial sobre las Dimensiones Sociales de la Globalización, por parte de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), la cual, a través de un estudio elaborado en 73 países, reportó que en el periodo de 1990 a 2002, el desempleo global alcanzó la cifra de 185 millones de personas. Que el sesenta por ciento de la población mundial vive en países con desigualdad creciente y sólo en el cinco por ciento se da una situación de retroceso; lo cual estaba originando que también en los países desarrollados aumentaran los niveles de inequidad y de pobreza, lo que, como dice Stiglitz, está generando países ricos con poblaciones pobres.²¹ Al respecto también agrega el premio nobel que salvo en China, la pobreza se ha incrementado a lo largo de las dos últimas décadas en los países en vías de desarrollo en un 36 por ciento, abarcando hoy este segmento 40 por ciento de la población mundial. En lo que respecta a la pobreza extrema, se incrementó tres por ciento en el mismo periodo, afectando a cerca de 900 millones de la población mundial; de la que África concentra el treinta por ciento (300 millones).²² Finalmente, la Comisión resumía, con una mezcla de desánimo que:

²¹ Stiglitz, Joseph E. Ob. Cit. P. 33

²² Ob. Cit. P.36

El proceso actual de globalización está provocando unos resultados desequilibrados, tanto entre países como dentro de los mismos. Se crea riqueza, pero hay demasiados países y gente que no comparten sus beneficios. Además, su voz se oye poco o nada en lo que se refiere a la configuración del proceso. Desde el punto de vista de la mayoría de las mujeres y hombres, la globalización no ha alcanzado sus aspiraciones simples y legítimas de puestos de trabajo dignos y un futuro mejor para sus hijos. Muchos de ellos viven en el limbo de la economía informal sin derechos legales, y en países pobres donde subsisten de manera precaria en los márgenes de la economía global. Incluso en países donde prima el éxito económico, algunos trabajadores y comunidades se han visto afectados de forma adversa por la globalización. Mientras la revolución de las comunidades globales aumenta la conciencia de estas disparidades (...) estos desequilibrios globales son moralmente inaceptables y políticamente insostenibles.²³

Dentro de este apretado marco global, después de casi tres décadas de marchas forzadas hacia el libre mercado, pasando en los noventa por el camino de John Williamson, o sea, el Consenso de Washington, la gran mayoría de los países de América Latina no se sienten contentos dentro de un mundo global que no dominan, en medio de una poderosa corriente que los sube y los baja, y que por momentos los arrastra hacia un futuro incierto. Como consecuencia de ello, un sinnúmero de tratadistas coinciden en que la influencia de América Latina está decreciendo en el acontecer mundial, agregando que la participación de la región en el comercio y la economía mundial es pequeña (cinco por ciento), y cada vez menor, a medida que crecen las economías de Asia, Y si su presente y pasado no son satisfactorios, con base en la falta de proyectos económicos suficientes (tanto nacionales como regionales), algunos análisis incluso se atreven a vaticinar que pocos países de América Latina podrán sacar ventaja de las

²³ Ob. Cit. P. 33

oportunidades del desarrollo global, y que lamentablemente la región verá crecer la brecha que la separa de los países más avanzados del mundo.²⁴

Las opiniones anteriores se basan en la enorme dificultad que ha presentado la región, ya no solo para incrementar su desarrollo económico (el cual promedia dos por ciento en los últimos 25 años), sino también para sostenerlo y recomponerlo a lo largo de un camino tortuoso que ha pasado en los ochenta por una década perdida, significada por la ausencia de crecimiento en la mayoría de las naciones latinoamericanas; de igual modo que por una década eufemísticamente llamada de *luces y sombras*, en los noventa, en la que por las luces se entendía el pequeño crecimiento y por sombras, las brutales caídas de México en 94-95, Brasil en 99 y Argentina, Uruguay y otros países, en el vértice del nuevo siglo.

La pobreza, como consecuencia de lo anterior, apenas se vio ligeramente mejorada. En los últimos quince años pasó de 46 por ciento a 43 por ciento de la población latinoamericana; y en cuanto a la pobreza extrema, que abarca a los que sobreviven con menos de un dólar al día y que no cuentan con las calorías mínimas para alimentarse, apenas disminuyó de 20 a 17 por ciento. A contrario sensu, los niveles de concentración del ingreso, lejos de mejorarse, se radicalizaron, convirtiendo a Latinoamérica en la región más desigual del mundo, donde los recursos que se generan se concentran en el diez por ciento de la población más alta de la escala distributiva; situación que se padece por igual tanto en países pequeños como Guatemala u Honduras, como en los más grandes como México y Brasil, e incluso en la nación que se ha destacado en términos de desarrollo como lo es Chile. Al panorama anterior habría que agregar el tema del desempleo, el cual creció también en los últimos quince años, casi en un cien por ciento, pasando del 6 al 11 por ciento promedio en la región, convirtiéndose este factor, junto con la desigualdad, en los gérmenes de una inestabilidad social y de una inseguridad pública, que hoy los convierte en unos de los principales obstáculos para un desarrollo sostenido.

Cabe referir que la tendencia de los últimos cuatro años, habla de una mejora generalizada en el comportamiento de las economías regionales, el

²⁴ Nacional Intelligence Council global Trends. 2020. Project. Final report. P.2

cual registra un crecimiento del cuatro al cinco por ciento promedio. Sin embargo, lejos de caer en el alegre manejo político de los números, vale la pena tomarlos con cautela, y si bien un crecimiento será siempre mejor que un decremento, valdría la pena tener muy claro que este momento coyuntural de aumento en el volumen y precio de los commodities de la zona, representa una clara oportunidad para las principales naciones beneficiadas para fortalecer sus sectores secundarios y terciarios:

Las cifras del PNUD sobre la dependencia latinoamericana de los productos primarios son aterradoras: los productos primarios representan 72 por ciento de las exportaciones totales de Argentina, 83 por ciento de las de Bolivia, 82 por ciento de las de Chile, 90 por ciento de las de Cuba, 64 por ciento de las de Colombia, 88 por ciento de las de Ecuador, 87 por ciento de las de Venezuela, 70 por ciento de las de Perú y 66 por ciento de las de Uruguay. Comparativamente, los productos primarios representan apenas el 9 por ciento de las exportaciones totales de China, y 22 por ciento de las de India, dice el PNUD. El reporte de esta institución concluye señalando que si los países latinoamericanos siguen como están;... la región tardará hasta el año 2177 en alcanzar el nivel de desarrollo que países como los Estados Unidos tienen hoy.²⁵

Latinoamérica se caracteriza por llegar siempre tarde a su cita con la historia. De igual modo se distingue por recurrir a modelos político-económicos extraregionales, que en no pocas ocasiones le han generado problemas de adaptación, o bien, de franca falta de compatibilidad con su realidad. La globalización, como hemos podido apreciar, es un fenómeno escurridizo, tramposo e integral, que reta a los políticos y a los especialistas de las diferentes disciplinas a descifrarlo para poder asumir con éxito la tarea de su reto. A la fecha podríamos decir que el estudio de su ADN

²⁵ Oppenheimer, Andrés. Cuentos Chinos. Plaza and Janes. México, 2005. p.80

económico, por ejemplo, no está concluido, y que a nuevas patologías se les siguen aplicando viejas recetas.

En este sentido, una Latinoamérica rezagada, contempla con nerviosismo un panorama mundial que no acaba de entender, radicalizando en su prisa, la aplicación de viejas prácticas públicas que a la fecha no le han resuelto su problema de desarrollo y de atraso social. Contempla con enojo a su hegemón histórico (Estados Unidos), y lo culpa y le reclama por su estancamiento y por su falta de apoyo para encontrar el camino del desarrollo, encubriéndose en una teoría de la dependencia, que la misma globalización se ha encargado de transformar.

Articula de igual modo nuevas aproximaciones políticas, confundiendo a sus nuevos socios con los nacientes hegemones (China e India); repitiendo un discurso global que no se refleja presupuestalmente en las nuevas disciplinas del conocimiento (punto dos por ciento promedio para Ciencia y Tecnología), ni aparece en la reforma educacional, la cual sigue anclada en modelos memoristas que privilegian la preparación de carreras de naturaleza humanista (60 por ciento-70 por ciento), generando un ejército de profesionales sin oportunidad de incrustarse en el nuevo modelo global. Su modelo económico, en la mayoría de los casos con gran candor, sigue presumiendo las mejores notas de una teoría inducida en la que *gobierna* el libre mercado; mientras sus propaladores (países desarrollados) y los demás países ganadores (en vías de desarrollo como China, India, etc.), manipulan todos los días la oferta de sus productos, mediante la aplicación de subsidios, medidas paraarancelarias, u otro tipo de prácticas comerciales de apoyo.

La integración, ante estos cambios, se ha convertido para las naciones de América Latina en una herramienta indispensable para enfrentar el reto global de manera colectiva. La integración deseable o prescindible de ayer, se ha convertido en la alternativa necesaria de hoy, como una estrategia complementaria que ayude a enfrentar los retos económicos, sociales y comerciales que se desprenden de la globalización, de la mejor manera posible.

La globalización, asignatura pendiente de América Latina, seguirá siendo en los próximos años un crucigrama difícil de resolver. Dentro de sus diferentes alternativas, la integración posible y rentable de la zona,

aparece como una de sus mejores opciones para encontrar el camino de su desarrollo, el cual, por más que lo pretenda, ha dejado de ser individual.

III. La integración latinoamericana y el aplanamiento asiático.

En 1950, en medio del descontrol de la post-guerra y en el marco de la necesaria reconstrucción de lo destruido, Robert Shuman, uno de los padres de la hoy Unión Europea, arengaba a sus pares regionales señalando: *No es hora de vanas palabras, sino de un acto audaz y constructivo.* Después de medio siglo, parece que sus palabras tuvieron eco y lograron lo inimaginable: unir al día de hoy a 27 países con más de quince lenguas y más de cinco religiones, con historias disímboles y heridas históricas, donde la más grande del siglo pasado, dejó más de cuarenta millones de muertos.

En América Latina, a mediados del siglo pasado se vivía un ambiente diferente. Al contrario de lo que sucedió en Europa, la guerra generó desarrollo en un buen número de las economías regionales, las cuales vivían un sentimiento de suficiencia, donde sus mercados cerrados no veían ninguna necesidad de voltear hacia el exterior. Por ello, cuando la recién integrada Comisión Económica para América Latina (CEPAL, 1947), convocó a la formación de un grupo de trabajo en 1957 para el análisis del comercio intraregional y la revisión del naciente modelo europeo, la Asociación Latinoamericana de libre Comercio (ALALC), emerge con un sentimiento de lo secundario, y no de lo necesario.²⁶

Desde un principio los países latinoamericanos tropezaron con serias dificultades para llevar adelante sus proyectos de sistemas de integración, al tener una orientación cerrada, de sustitución regional de importaciones y por, pese a su ventaja de origen común, no conformar con una de las leyes básicas de la integración, que es la homogeneidad.²⁷

²⁶ Dos Santos Theotonio. Economía mundial. La integración Latinoamericana. Plaza and Janes, México, 2004. p. 116

²⁷ Arnaud Vicente Guillermo. MERCOSUR. Unión Europea y Nafta y los Procesos de Integración Regional. Argentina, 1996. p.9

Varias son las razones que se aluden en relación al despegue fallido de la ALALC: presiones del Fondo Monetario Internacional (FMI), la falta de mecanismos compensatorios en los diferentes países, la visión de un multilateralismo exacerbado, la falta de un bilateralismo complementario, etc. sin embargo, al paso del tiempo se puede apreciar que la visión de futuro de Raúl Prebisch, contrastó con la falta de sensibilidad de la mayoría de los países firmantes, que en ese tiempo vivían y disfrutaban de un clima *preglobal*, estable en lo económico, que no les urgía a emprender modificaciones radicales como la de abrir o complementar sus mercados.

En el mundo económico y comercial de 1960 no existía China; no había de que preocuparse. El país asiático vivía y sufría sus insuficiencias económicas y sociales, y para paliarlas, había lanzado en 1958 lo que se conoció como el Gran Salto Adelante (GSA), a fin de dar un segundo impulso a la naciente revolución popular.

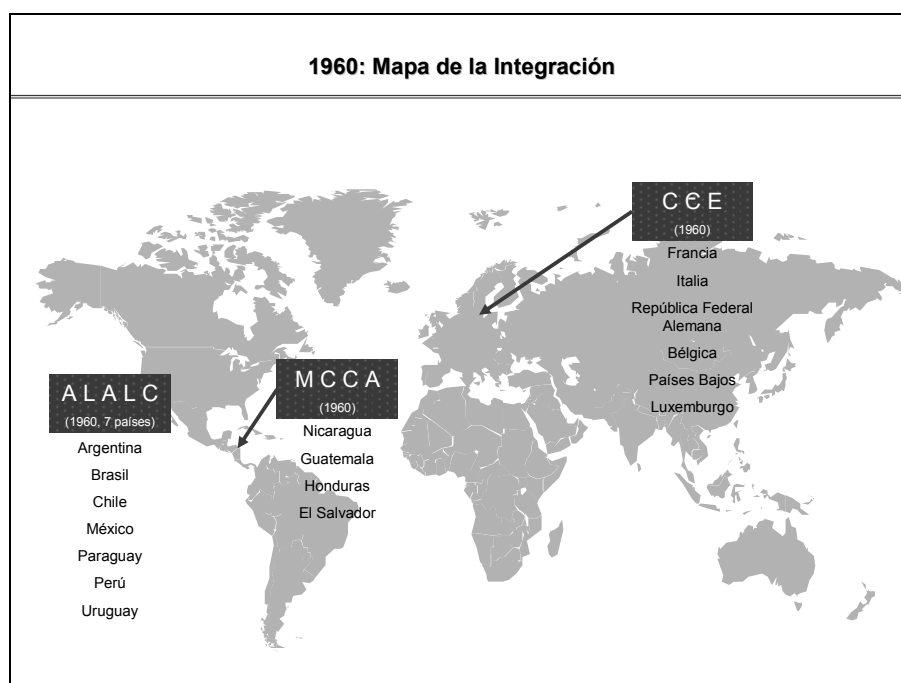
En 1960, cuando iniciaba la ALALC, tras una hambruna estimada en treinta millones de personas, el movimiento del GSA fue catalogado por diversos autores como *una de las aventuras más delirantes de la época contemporánea*, de las que apenas se tuvo conciencia, ya que sus principales consecuencias recayeron sobre millones de campesinos que no tuvieron opción de defensa, ni medios de denuncia, en un país que se mantenía cerrado.²⁸

En Latinoamérica, Argentina presumía sus importantes reservas en oro. México y Brasil crecían a más de seis por ciento anual y el mundo económico regional tenía un cierto aire de predecibilidad. En ese marco de complacencias, en 1960 se firmó el Tratado de Montevideo por siete países, (Argentina, Brasil, Chile, México, Uruguay, Paraguay y Perú), el cual constituyó, tal vez sin la claridad histórica suficiente, el acta virtual de la fundación de la integración latinoamericana; el hecho más contundente de bolivarismo, después de la muerte de Bolívar en 1830.

En esa época el mapa de la integración mundial apenas comenzaba a configurarse. La histórica Unión del Carbón y del Acero, no obstante que en 1960 ya aparecía como la Comunidad Económica Europea, apenas se

²⁸ Oropeza García Héctor Arturo. China entre el Reto y la Oportunidad. UNAM. CARI. México, 2006. p.47

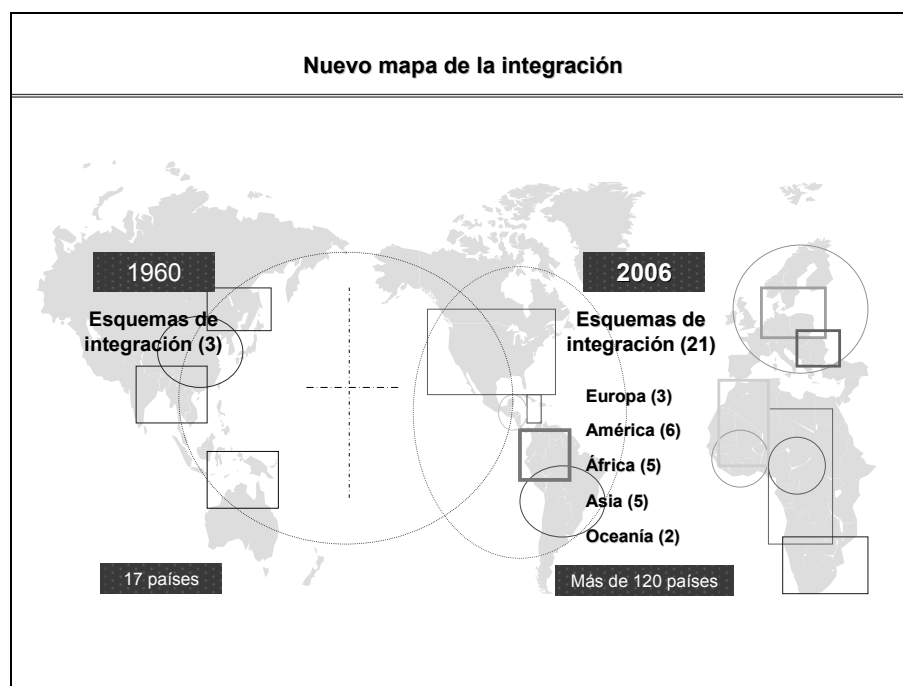
componía de seis países (Francia, Italia, República Federal de Alemania, Bélgica, Países Bajos y Luxemburgo), un número incluso inferior a la *poderosa* ALALC. En el mismo año, nacía un tercer esquema de integración: el centroamericano (Mercado Común Latinoamericano), compuesto en sus inicios por Nicaragua, Guatemala, Honduras y El Salvador.



Fuente: Estrategia Latinoamericana

No obstante que en 1960 la región latinoamericana podía presumir el inicio de dos esquemas de integración (con el objetivo de constituirse en Mercados Comunes), con la participación de once países; Europa uno, con la participación de seis países, como ya se señaló; y el resto del mundo no iniciaba aún trabajos de complementación formal, esta ventaja no se tradujo en un mayor intercambio de bienes o de formación de cadenas de valor. Por el contrario, privaba todavía el sincretismo de Lugones, el cual tuvo el acierto literario de resumir el paisaje comercial de la época señalando que: *Cuando las Repúblicas de América no tienen nada que intercambiarse, nada que vender, ni nada que comprar, lo mejor que pueden hacer es enviarse mutuamente poetas.*

Sin embargo, el mundo ha cambiado profundamente, y de una etapa *pre-global* de relativa *abundancia*, se pasó a una época de enormes retos en lo económico, en lo político y lo social. En cuanto al tema de integración, de un inicio que en 1960 involucraba a tres procesos y a 17 países en el mundo, para 2006 se ha desdoblado geométricamente por medio de más de 21 esquemas de integración, en el que participan un número aproximado de 120 países, apareciendo América con seis integraciones formales, seguida de África y Asia con cinco cada una de ellas. El experimento de ayer se ha convertido en la necesidad de hoy, al representar la integración una importante herramienta complementaria para el desarrollo, en la que participan países tanto desarrollados como en vías de serlo, en busca de protección o fortaleza respecto a los eventos globales.



Fuente: Estrategia latinoamericana

La figura de la integración es en si misma un tema de amplias dimensiones: jurídicas, económicas, comerciales, culturales, etc., que escapa a las dimensiones del presente trabajo; sin embargo, lo que interesa evidenciar, es que en sus diferentes acepciones (visión, historia, formalización, etc), la integración siempre ha sido un tema latinoamericano, desde el sueño bolivariano, hasta la configuración y vanguardia, junto con la hoy Unión

Europea, de los primeros esquemas formales de complementación en el mundo. Sin embargo, a la luz de sus propios resultados en materia de intercambio intraregional (15 por ciento), es evidente el fracaso del movimiento, donde la Unión Europea alcanza cifras cercanas al 70 por ciento, viviendo al mismo tiempo un esquema jurídico formal de unión económica de amplio espectro y manejo supranacional, mientras que Latinoamérica sigue anclada desde el inicio en modelos insuficientes de zonas de libre comercio, o en su defecto, de uniones aduaneras imperfectas.

La pérdida del tiempo de ayer, es el déficit de integración de hoy. Esta falta de responsabilidad política ante lo complementario, independientemente del tema nacional, ha redundado en menor competitividad y desarrollo para la mayoría de las economías de la zona. De un mundo *pre-global*, hemos pasado a uno globalmente desbocado donde han aparecido nuevos actores y nuevas competencias que retan de manera individual y colectiva a todas las naciones de América Latina.

China e India, como las nuevas estrellas de un continente asiático que recupera a pasos agigantados su protagonismo en el plano mundial, retan y dominan día a día a las naciones latinoamericanas tanto en el campo de la manufactura como en el de los servicios, dejando un estrecho margen de maniobra en el terreno de los commodities, para unas sorprendidas economías zonales que no alcanzan a entender las claves del éxito de estos dos modelos de desarrollo, que en el caso de China, en los últimos 25 años, ha crecido a un ritmo anual tres veces mayor que los países Latinoamericanos.

Si las comparaciones en 1960 frente a China e India carecían de significancia, en la actualidad la población de estos dos países es más de tres veces la de los países latinoamericanos. Su PIB conjunto es 60 por ciento mayor al de toda la zona. En materia de intercambio comercial, los superan en más del 85 por ciento; y en inversión extranjera, también de manera conjunta, China e India, reciben más de sesenta mil millones de dólares al año que todos los países de la región (2005). En el rubro de Reservas Internacionales, las acumulaciones conjuntas, (principalmente de China), significan cuatro veces más que las de Latinoamérica (2006). Y en pobreza extrema, donde América Latina en 1980 era inferior en cincuenta

puntos porcentuales promedio a las dos naciones asiáticas, hoy presentan índices cercanos.

Nuevas Competencias			
	CHINA-INDIA	LATINOAMÉRICA	%
Población (millones de personas)	2, 400	560	+328
PIB mundial	8%	5%	+60
Comercio (mmd)	US\$ 1, 922	US\$ 1, 038	+85
Crecimiento promedio	9%	4%	+125
Necesidad de empleos anuales	22 millones	5 millones	+340
Inversión extranjera directa (mmd)	US\$ 113	US\$ 47	+140
Reservas Internacionales (mmd)	US\$ 897.1	US\$ 210.2	+326

Fuente: Estrategia Latinoamericana

¿Qué pasó? ¿Dónde quedaron los países rezagados de ayer? ¿Qué pasó con América Latina, con su *abundancia* y su desarrollo? Y más preocupante aún, ¿Qué pasará con su futuro? China e India, a pesar de su éxito, están lejos de resolver sus problemas sociales y económicos, sin embargo, la reflexión radica en que sus modelos se ven más sólidos, orientados hacia las nuevas rutas del éxito global, entre las que se pueden destacar por ejemplo, el tema educativo, donde los países asiáticos cuentan con nueve universidades ubicadas dentro de las cien más importantes del mundo (Latinoamérica cuenta con una Universidad, la UNAM de México), con una matrícula de 22 millones de universitarios (Latinoamérica, 13 millones), que en más del sesenta por ciento se orientan hacia las ingenierías y carreras técnicas, mientras América Latina apenas alcanza un treinta por ciento.

- **China y su relación con Latinoamérica**

En 1950, las relaciones políticas entre China y Latinoamérica eran inciertas y el comercio entre las partes, de apenas 30 millones de dólares, no tenían nada que ver con el importante crecimiento comercial que se ha dado a lo largo de la última década, el cual desde 1990 hasta el 2005, se incrementó más de diez veces, al pasar de 1 800 millones de dólares, a 26 800 millones de dólares, presentándose desde 1997, una desviación comercial a favor del comercio de China con la región.

Dice Xu Shicheng que: *América Latina no está ni estará en el primer lugar de las prioridades de la política exterior de China*, sin embargo, desde 1978 sí ha estado en su línea de atención internacional; primero, como una política conveniente de equilibrio respecto a Estados Unidos, y segundo, como un interés natural que se ha incrementado ante la necesidad de una mayor cantidad de insumos agrícolas, metalúrgicos y energéticos que demanda la expansión de la economía china.

En el plano bilateral, China mantiene actualmente relaciones formales con 19 de los 33 países latinoamericanos, los cuales representan 90 por ciento aproximadamente del PIB de la región. A partir de los noventa y ante el crecimiento de la capacidad económica y comercial de China, su política de acercamiento con las naciones de la zona se ha intensificado tanto a nivel país, como por subregión, de acuerdo con las fortalezas y debilidades de cada una. El encuentro de China con Latinoamérica, no representa la simple relación de un país con 33 naciones agrupadas en una región común. A pesar de la diferencia numérica de países, las dimensiones de China como nación, la hacen que aún a partir de este primer contacto, la población china sea superior en 130 por ciento, a la latinoamericana; su comercio sea un 10 por ciento mayor; y su PIB, al final de 2005 superó el valor económico de todos los países de la región en 30 por ciento.

Sin embargo, la misma perspectiva china de analizar a Latinoamérica desde su concepto de región, obliga a referenciar el contacto bilateral de la misma manera, o sea, China dentro de sus esquemas de integración. China, después de su ostracismo, también se ha adaptado a las nuevas maneras que

impone un integracionismo galopante y de sinergia geopolítica. Después de vivir un desarrollo amurallado, expande sus relaciones económicas, sociales y políticas en, por lo menos, cuatro modelos de integración, por medio de los cuales teje su estrategia global ganadora. La primera, que corresponde al universo de su historia, avanza a través de la incorporación de las piezas del que fuera el rompecabezas chino, o sea, Hong Kong, Macao, y por medio de una relación estratégica, Singapur. En la lista de espera política, que no económica, se encuentra Taiwán, que más allá del discurso político, es el quinto socio comercial de China y su tercer inversionista, lo que representa 8 por ciento del total invertido en el continente en los últimos 20 años. Con este primer círculo de integración, China comparte 20 por ciento de su comercio total, y de él ha recibido en los últimos 20 años, cerca de 60 por ciento de su inversión extranjera directa.

En un segundo círculo de lo global, en diciembre de 2004, China se integró a la importante Asociación de Naciones del Sureste Asiático (Asean), la cual, conformada por diez de las naciones más importantes de Asia-Pacífico (también llamada Asia dinámica), le reconoció el estatus de *economía de mercado*; comprometiéndose conjuntamente a la firma de un tratado de libre comercio en el 2010. Con ese bloque, China intercambia 15 por ciento de su comercio y recibe 10 por ciento de los montos por concepto de inversión extranjera. En una tercera aproximación, China forma parte de los 21 países que integran el importante grupo de APEC, el cual, como foro de facilitación del desarrollo comercial y económico, tiene como objetivo crear una zona de libre comercio para sus integrantes desarrollados en el 2010, y para los no desarrollados en el 2020. Finalmente, con sus vecinos occidentales, precedidos por Rusia, trabaja en un esquema comercial de facilitación de negocios.²⁹

El encuentro entre China y Latinoamérica plantea un sinnúmero de retos y oportunidades para una zona que a pesar de su geografía y su cultura, se ha negado a reconocerse como una unidad comercial y económica, que podría salir mejor librada de la globalización, mediante la maximización de sus complementariedades. Por el contrario, a través de

²⁹ Oropeza García, Arturo, Ob.cit, p. 24

diversos esquemas imperfectos de integración, ha vivido una simulación comercial que no le dan su mejor posicionamiento mundial.

China, no obstante la dimensión de su fortaleza geográfica, poblacional y económica, desde 1978 ha entendido las reglas que va imponiendo una nueva etapa económica mundial, que a pesar de su gran avance no se acaba de definir. Por ello, China sigue construyendo de manera permanente tanto en lo nacional, como lo regional.

En contraste con América Latina, China encuentra una región dividida, que carece de voz propia, que a través de su división, facilita el acercamiento económico y comercial de una potencia en ascenso, que tiene como interlocutoras a naciones latinoamericanas de economías insuficientes y distanciadas.

Por ello, el resultado de este primer contacto entre Latinoamérica y China se ha caracterizado por ser disímulo y anárquico. Por lo que en la última década su resultado ha respondido más al vitalismo de cada país o subregión, que al planteamiento estratégico de una zona de complementación. A principios del nuevo siglo, la situación económica de los dos bloques (China representa un bloque informal) resulta contrastante. Después de luchar por su desarrollo económico los últimos veinte años, la decisión de optar por modelos de libre mercado distintos, tiene a una América Latina rezagada, con un modelo económico insuficiente. Por otro lado, aparece el país asiático que en la última década ha alcanzado un crecimiento promedio de más de nueve por ciento; que ha optado por modelos graduales, en lugar de terapias de shock; y que ha privilegiado procesos de privatización con orientación productiva contra venta precipitada de inventarios. De igual modo, tanto China, como su región, difieren de Latinoamérica al aplicar los controles macroeconómicos como una herramienta para el desarrollo, y no como una camisa de fuerza contra el crecimiento y el empleo. Estas son apenas algunas diferencias que explican las cifras tan discordantes que hoy presentan dos regiones que a principios de los ochenta, presentaban un balance favorable hacia las naciones latinoamericanas.

La relación de China con Latinoamérica presenta un sinnúmero de retos de cuya solución dependerá una parte importante del futuro económico de los países de América Latina. El primero de ellos, entender

que este encuentro es histórico y por consecuencia de largo plazo, por lo que la construcción de una agenda regional sería un primer paso para resolver los temas comunes a tratar, con la que será en los próximos años la principal nación exportadora del mundo. Para ello, será necesario diferenciar los temas individuales de los comunes; pero más importante aún, América Latina tendría que madurar en sus estrategias como región, y abandonar la simulación de cinco esquemas de complementación que no le dan valor agregado a sus negociaciones y que por el contrario, las pulverizan y disminuyen.

La hegemonía de China es un proceso que por su magnitud, poco a poco se ha ido ganando la atención de los observadores renuentes, que a fuerza de exportaciones han tenido que voltear hacia el Oriente. La mayoría de los países latinoamericanos pertenecen a este grupo, que se resiste a validar esta importancia (catorce países de la región siguen sin reconocer oficialmente a China), o que aun cuando la identifican, no actúan a la altura del reto. La relación bilateral tendrá el resultado del dinamismo y la eficacia que le imprima cada país; sin embargo, en el aspecto regional, una correlación de fuerzas menos desproporcionadas en el manejo de temas comunes, será un factor estratégico para la buena relación entre China y los países de América Latina.

Al construir una relación de equilibrio y respeto con el nuevo gigante asiático, las oportunidades de una participación conjunta se multiplican, como es el caso de la defensa de intereses comunes ante los diferentes foros internacionales como la ONU o la OMC, donde en su 5ª Reunión Ministerial celebrada en Cancún, hubo una gran coincidencia de posiciones entre China y doce países latinoamericanos; o de un mayor trabajo conjunto en temas científicos y tecnológicos en rubros del interés de ambas partes como alimentos, energía, infraestructura o educación.

El reto para los países latinoamericanos en su relación con China, será el de maximizar sus oportunidades con el país asiático, y dirimir, a través de una agenda común, y un diálogo permanente, las múltiples diferencias que de manera constante surgirán de la dualidad del propio modelo chino: de su parte exitosa o desarrollada, donde participan un número aproximado de 400 millones de chinos; y de sus regiones en vías de desarrollo, donde están aún en espera de una mejor distribución del

ingreso, cerca de 900 millones de habitantes. De esta dualidad, de estos dos campos diferenciales de su modelo económico, saldrá la fuente de coincidencias y divergencias que requerirá de una buena agenda latinoamericana, para lograr un mayor equilibrio y un mejor relacionamiento con China.

El reto que tiene Latinoamérica frente a China es como la globalización: real e inevitable. Por ello, las posibilidades de una relación comercial más estrecha y equilibrada no sólo son posibles, sino que resultan necesarias. La ventaja de atraer capitales, empresas en expansión y tecnología chinas, son parte de los nuevos retos que presenta una nueva era geopolítica y de comercio, que invitan a enfrentar y aprovechar con más imaginación, una nueva realidad con la que tendrán que convivir nuestros países, por lo menos la primera mitad del siglo XXI.

Dada la desproporción de las cifras, resulta claro que el reto de China e India, al igual que la globalización, no puede enfrentarse de manera aislada, que requieren de una mayor y de una mejor integración de los países de América Latina.

IV. ¿La Integración, posible?

Hay un proverbio chino que alerta con claridad sobre la ruta que ha seguido la integración latinoamericana hasta el día de hoy, y de lo que puede suceder si no enmienda el camino:

Si no cambiamos la dirección hacia donde vamos, muy posiblemente terminaremos en el lugar al que nos dirigimos.

Nadie puede sentirse satisfecho en la actualidad sobre los resultados obtenidos en materia de integración por las naciones de América Latina. A la luz de los resultados económicos, tanto individuales como colectivos, estamos más cerca de la desilusión, que de la satisfacción de sus resultados.

A pesar de haber iniciado en periodos similares junto al esquema de integración europeo, la iniciativa zonal se quedó rezagada en el camino, en formatos de zonas de libre mercado y uniones aduaneras que se incumplen de manera permanente; y que incluso, dentro del nuevo mapa mundial de la

integración, los modelos asiáticos y africanos avanzan más rápido y de manera más consistente.

En el caso de Asia, por ejemplo, tomando como plataforma el esquema de la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN), como ya se señaló, China se sumó con toda su fortaleza desde 2004, previendo la formalización de un TLC para 2010, al cual se le agregó un acuerdo marco del comercio de servicios que entrará en vigor el primero de julio de 2007. La balanza comercial entre Asean y China totalizó la importante cifra de 160 mil millones de dólares en 2006, cifra 23 por ciento superior al año anterior. Corea del Sur, por su parte, ha concluido los protocolos para firmar un TLC con Asean a finales de 2007, de igual modo que avanzan los de Japón e India, país, este último, con el que Asean incrementó su comercio en 30 por ciento en 2006. De igual modo y en un esquema más amplio de 16 países (Asean más Australia, Nueva Zelanda, India, Japón, China y Corea del Sur), firmaron a principios de 2007 un acuerdo con el fin de ayudar a reducir su dependencia en materia de combustibles convencionales y buscar nuevas fuentes de energía, como un primer paso para integrar una zona de libre comercio que se extienda desde la India hasta Nueva Zelanda, región donde vive casi la mitad de la población mundial, con una producción económica de nueve billones de dólares (Efe, 2007).

Y aquí valdría la pena volver a nuestra pregunta inicial ¿tiene sentido seguir hablando sobre la integración de América Latina? ¿vale la pena seguir empujando un proyecto regional muchas veces pospuesto? A la luz de los retos globales y el avance de otras zonas geopolíticas, a pesar de los saldos negativos, tendríamos que reiterar que la integración en Latinoamérica ha dejado de ser una opción prescindible dentro de su menú de políticas públicas, para convertirse en un imperativo para su desarrollo.

El primer límite fundamental para la integración latinoamericana, dice Theotonio Dos Santos, ha sido la dificultad política; sintetizando un sentimiento de frustración que abarca a los políticos, empresarios y académicos, que a lo largo de las últimas décadas, han sumado hacia la consecución de mayores niveles de complementación.

Es evidente que el proceso regional no podía generarse a base de golpes voluntaristas, pero el tema de la cultura, la distancia, las asimetrías,

el multilateralismo exacerbado, el bilateralismo acotado, entre otros, no son obstáculos más grandes ni más profundos que los que ha tenido que sortear la Unión Europea para asociar a 27 naciones con diferentes tamaños, origen, realidad y circunstancia. Tampoco son seguramente mayores a los que están resolviendo 17 países asiáticos (como las controversias históricas China-Japón, China-India, etc), de cara a un interés común. En este sentido, la deuda social y económica que tienen para con la región los diferentes actores políticos que han tenido en su mano la posibilidad de concretar mejores niveles de integración en América Latina, es muy grande, y seguramente en algún momento se medirá en términos de empleos perdidos y falta de desarrollo para la zona.

Desgraciadamente el panorama político actual de Latinoamérica tampoco nos brinda los mejores augurios en términos de integración, ya que en su prisa por resolver sus problemas nacionales, en un ambiente global caótico, las principales economías de la zona no han sabido reconocer sus coincidencias, ni los caminos comunes que les podrían generar un beneficio.

Desde 1994, fecha en que se firmó el TLCAN entre Canadá, Estados Unidos y México, se profundiza un sentimiento de división tanto en lo regional como en lo hemisférico, que no se ha sabido conjugar ante una falta de capacidad para interpretar los fenómenos globales. México, olvidando su historia y privilegiando su geografía, hizo del TLCAN una política omnipresente, una estrategia total y no complementaria, descuidando sus demás relaciones con el mundo, y en especial con Latinoamérica. Por su parte, la región, lejos de ver la estrategia como la formalización de un hecho evidente que implicaba ya en 1994 el sesenta por ciento del comercio de México, y en su caso, aprovechar el puente como una estrategia de acceso al mercado más grande del mundo, inmaduramente lo tomó como un acto de *traición*, dando como resultado una división de facto entre las partes.

Al propio tiempo, un círculo perverso de falta de desarrollo económico, pobreza y desigualdad, ha metido a la zona en una inestabilidad política que se va haciendo crónica, y que ha dado lugar a un recambio de actores y de ideologías políticas que buscan sin lograrlo, en un movimiento pendular, cumplir con las promesas ofrecidas por su antecesor. De

noviembre de 2005 a diciembre de 2006, por ejemplo, a través de los comicios sucedidos en once países de la zona, la fractura política se profundizó, al anteponerse la geografía del poder (izquierda-centro-derecha), a los intereses comunes, lo cual ha llevado a Consani a declarar que el problema de América Latina es que está partida. (Reuters, 2006).³⁰

Este cisma bolivariano que viene de siempre, pero que se radicaliza con la firma del TLCAN en 1994, lejos de resolverse se profundiza diez años después (2004), cuando en Cuzco, Perú, se formaliza la creación de la llamada Comunidad Sudamericana de Naciones (CSN), como un acto refundacional de la integración de la zona, con un enfoque subregional y sin la participación de México, que aparecía como socio fundador desde la ALALC desde 1960.

El eje Mercosur-Comunidad Sudamericana de Naciones, como una nueva línea de integración para los países de América del Sur, con las salvedades del caso, repite la decisión política, que no económica, de 1960 (ALALC) y de 1980 (ALADI), de no incluir a ninguno de los países caribeños, ni a los países de Centroamérica, y en su nuevo enfoque de la zona, también deja fuera a México.

Ante este nuevo intento de reconstrucción regional, cabría la pregunta: ¿La creación de la CSN representa un avance o un retroceso en la historia de la integración de América Latina? ¿Dejar afuera de la complementación de la zona al dos por ciento de comercio mundial y al 40 por ciento del comercio de Latinoamérica, que representa México, genera fortaleza o debilidad a los países integrantes? ¿No incluir al 28 por ciento del PIB de la región y a la quinta parte de la población de América Latina, que también significa México, la posiciona mejor en el entorno global, o la disminuye? ¿Al propio tiempo, dejar de considerar a las diferentes complementariedades en términos de cultura, idioma, mercado, peso político, cadenas de valor, de 23 países de la zona (57%), dan suma o resta a la CSN?

³⁰ De la falta de democracia y golpes militares de hace un cuarto de siglo, (donde solo Colombia, Costa Rica y Venezuela, contaban con una suficiente estabilidad política), hemos pasado a una generalización de los instrumentos democráticos (Salvo Cuba), en todo el continente; sin embargo, esta mayor libertad no se ha reflejado en más desarrollo y menos en mayor integración.

A la luz de los hechos y los discursos, parecería que el intento de reinención sudamericano, parte de la misma óptica de exclusión de 1960, llevado al extremo, al dejar fuera a importantes activos económicos, comerciales y humanos de Latinoamérica (los doce países que integran la CSN, exportan un diez por ciento menos de productos que México, 2005). Desde la reinención de un nuevo discurso bolivariano que contempla una Latinoamérica partida³¹, contrario a la esencia del libertador; hasta la repetición de un camino muchas veces transitado, de un subregionalismo excluyente, como parte fundamental de un proceso integrador, la CSN orienta un nuevo proyecto que sigue caminos fallidos desde la primera etapa de 1960.

Nadie puede estar en contra de esquemas regionales o subregionales que sean exitosos, y las limitaciones de este trabajo impiden entrar más a fondo respecto a la identificación de las debilidades o de las bondades de la CSN (como sus éxitos iniciales en materia energética); o también de la nueva Alternativa Bolivariana para Nuestra América (ALBA), convocada por Venezuela; sin embargo, frente a los enormes retos que pone por delante una *globalización desbocada*, y su principal referente, el factor asiático, repetir nuevamente un camino marcado por la exclusión, que en el mejor de los casos, daría resultados acotados, pareciera el asumir, sin necesidad, una debilidad frente al concierto mundial de naciones y regiones.

Respecto al sobredimensionamiento que se le da a la Comunidad Sudamericana de Naciones, respecto a los grandes jugadores mundiales, Diego Cardona apunta:

Si se tratara de una declaración presidencial más, como abundan en el mundo en desarrollo, quizás no valdría la pena tratar el tema. Pero, en este caso encontramos varias partes de consistencia. Primero, porque el proyecto es, en buena medida, resultado de la convergencia entre dos asociaciones

³¹ “...siguiendo el ejemplo de El Libertador Simón Bolívar,... de nuestros pueblos y héroes independentistas que construyeron, sin fronteras, la Gran Patria Americana e interpretando las aspiraciones y anhelos de sus pueblos a favor de la integración, la unidad y la construcción de un futuro común, hemos decidido conformar la Comunidad Sudamericana de Naciones.”. Declaración de Cuzco, sobre la Comunidad Sudamericana de Naciones, diciembre de 2004.

subregionales ya existentes: el Mercosur y la Comunidad Andina (CAN). Con los 12 países miembros, la Comunidad podría constituir el tercer bloque económico del mundo, después de la Unión Europea y el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN).³²

Por su parte, Helio Jaguaribe, resaltando indirectamente los criterios de selección, agrega:

Hay que señalar, en relación a esta zona de América Latina, el hecho de que en ella se encuentran los países que han alcanzado el nivel de desarrollo más elevado de esta región, además de México.³³

Latinoamérica, en su conjunto, con todos sus países incluidos, apenas representa cinco por ciento de la economía y del comercio mundial, así como nueve por ciento de su población. Como ya se señaló, también juntos, los países latinoamericanos no suman la cuarta parte de los posibles consumidores de India y China; apenas rebasan el 50 por ciento del valor de su economía; representan solo la mitad de lo que los dos países asiáticos comercian con el mundo; crecen menos del cien por ciento de lo que lo hacen ellos, y compiten todos los días en el mercado de bienes y servicios en franca desventaja; de igual modo que lo hacen en el mercado laboral, donde estos dos países asiáticos requieren, para paliar su rezago social y desempleo, de 22 millones de puestos de trabajo cada año.

En esta valorización del peso de los números, pero de manera especial, de los rezagos sociales y de los retos globales, resulta evidente que de México a Argentina hay un solo bloque con peso específico que es el Latinoamericano, que sigue en espera de ser reconocido y utilizado por sus pobladores en la mejor defensa de sus intereses. Seguir manejando descontextualizadamente la simulación de *bloques subregionales*, sólo se traduce en débiles negociaciones intrarregionales en perjuicio de los habitantes de la zona.

³² Foreign Affairs. Vol. 5. Num. 2. 2005. p. 84

³³ Ob. Cit. P.81

V. La relación México-Brasil, una asignatura pendiente.

Dentro de todas las causas y obstáculos que se pudieran evidenciar respecto del déficit de integración en América latina, por su peso económico y político, México y Brasil cargan con una responsabilidad importante.

En el caso de México, como se ha señalado, desde principios de los noventa olvida su historia geopolítica, pero no por firmar el TLCAN, que independientemente de los términos de su negociación, no fue otra cosa que una respuesta global, a un reto global; sino que en una reacción desmedida e innecesaria, olvidó la trascendencia de sus vínculos con Latinoamérica, orientándose de manera desbordada y casi única en lo político, económico y comercial, hacia el eje norteamericano. En México se ha venido tratando el tema, en no pocas ocasiones, como un problema de definición que sólo admitía una sola respuesta y que en ella no cabrían el norte y el sur juntos, ya no digamos Europa y Asia. También se ha señalado que Estados Unidos, en el interminable ejercicio de su dependencia, presionó sobre el alejamiento de México. Otros, afirman que es el costo de una política latinoamericana abierta, que tenía miedo a un enfrentamiento con la potencia norteamericana, al ser su principal cliente comercial, inversionista y acreedor; variantes que incluso extrapola también para las otras naciones latinoamericanas.³⁴

La realidad es de que a lo largo de los últimos veinte años (de manera especial, a partir de la firma del TLCAN, y de manera caótica, a inicios del milenio), México empezó a diluir su presencia y su participación en el entorno de Latinoamérica, desde una débil apreciación, hasta el escandaloso saldo presentado de 2004 a 2006, con las importantes diferencias que nunca había tenido con Cuba y Venezuela, pero también de manera relevante con Bolivia, Argentina y Perú.

En el terreno económico y comercial, es cierto que durante todo el periodo de la integración formal (1960-2007), los saldos han sido pobres, y esto no es de ahora, sino que es parte de una realidad que como ya se comentó, privilegiaba el intercambio de poetas por embajadores, y de

³⁴ Dos Santos Theotonio. Ob. Cit. P. 125

sonetos por mercaderías. En este sentido, el comercio de México con América Latina no ha podido alcanzar el cinco por ciento de su intercambio de bienes y servicios; de igual modo que en materia de inversión directa los resultados tampoco han sido destacados, ya que la IED regional hacia México ha sido inferior al uno por ciento del total. En el caso del Mercosur por ejemplo, a pesar de que el esquema jurídico de integración incluye un Tratado de Libre Comercio, dos Acuerdos Regionales y 17 Acuerdos de Alcance Parcial, (lo cual parecería a primera vista como un andamiaje amplio y suficiente para el intercambio de mercancías), tan sólo apoya cincuenta por ciento aproximadamente del comercio total entre los cuatro países fundadores del Mercosur con México, en virtud de la limitación jurídica de dichos acuerdos, los cuales continúan operando desde una perspectiva de preferencias arancelarias, con negociaciones limitadas a productos, que comprenden universos de bienes restringidos; con la única excepción de Uruguay, con el que se tiene firmado un TLC. En el caso de Brasil-México, sus Acuerdos de Complementación Económica (ACE), comprenden alrededor del ocho por ciento de su universo arancelario, dando como resultado que 92 por ciento de los bienes y productos restantes de ambos países queden sin apoyo alguno, lo que da como consecuencia un intercambio limitado, que en el caso de México representa menos del uno por ciento de su negocio total y más del 2.5 por ciento para Brasil.³⁵

A diferencia del intercambio comercial, la parte política de la actuación de México no resulta tan desfavorable en el mismo periodo, y si bien reiteramos que en los tres últimos sexenios la impresión es la de un alejamiento tanto progresivo como sostenido, también debe decirse que durante la década de los ochenta y los noventa, México participó de manera activa en el apoyo de la solución de los problemas geopolíticos de la región. De manera solidaria, en 1973 firmó el acuerdo de San José, junto con Venezuela, a fin de proporcionar petróleo a los países centroamericanos en condiciones preferentes; con la posibilidad de reinvertir parte de las ventas energéticas en proyectos de desarrollo dentro de la zona. De igual modo en 1983, en el marco de la problemática nicaragüense de la terminación de la dictadura Somocista y la actividad del

³⁵ Oropeza García, Arturo. Los Esquemas Latinoamericanos de Integración frente al ALCA. Publicado en ALCA, un Debate sobre la Integración, México, IJ UNAM, CARI, 2003, p. 126

Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), el gobierno mexicano propuso a los países del entorno caribeño (Colombia, Panamá y Venezuela), la constitución del denominado *Grupo de Contadora*, cuyo objetivo principal fue el de mantener a distancia la posible ingerencia de los Estados Unidos, de igual modo que el de resolver la controversia entre quienes presionaban para que la pacificación de Nicaragua se hiciera a través de la OEA o por medio de la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Ante el agotamiento en esta primera etapa del *Grupo de Contadora*, se decidió el aumento en el número de sus miembros, incorporándose para el efecto a Argentina, Brasil, Chile y Perú (Grupo de Apoyo), dotando al *Grupo de Contadora* de una participación más flexible y modificando su nombre a *Grupo de los Ocho*, al cual se agregarían más tarde Bolivia, Paraguay, Uruguay, un representante de América central y uno del Caribe, que fue la base de complementación conocida como *Grupo de Río*, el cual, desde 1987, representó una de las integraciones más acabadas de la zona, tanto por el número de participantes, como por la temática tratada.

También resulta destacable la participación política de México en el planteamiento denominado *Grupo de Amigos del Secretario General de la ONU*, el cual se formó a convocatoria del entonces Secretario General de la ONU Javier Pérez de Cuellar, para apoyar la solución de los conflictos entre el frente Farabundo Martí de Liberación Nacional y el Gobierno Salvadoreño, grupo que además de México estuvo integrado por Colombia, España y Venezuela, logrando después de varios años de esfuerzos que los beligerantes se comprometieran con los acuerdos de paz que fueron firmados en el Castillo de Chapultepec de la Ciudad de México el 16 de enero de 1992.

De igual modo, a invitación del Gobierno de Guatemala en 1993, México también aceptó formar parte junto con Colombia, España, Estados Unidos, Noruega y Venezuela, del llamado Grupo de Amigos del Proceso de Paz, en el marco de la problemática enfrentada en Guatemala entre el Gobierno Nacional, la Unión Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG), la Iglesia, la Sociedad Civil, etc. Los importantes trabajos que desarrolló este grupo de manera conjunta con la ONU y la OEA, dio como resultado que el 29 de diciembre de 1996 se firmara en la Ciudad de

Guatemala el Acuerdo de Paz Firme y Duradera entre el Gobierno y la URNG.³⁶

Por otro lado, si alguna política pública tuvo siempre un reconocimiento externo hasta la década de los noventa, por su congruencia y su acertada combinación de intereses y principios, fue la política exterior de México, que tuvo la virtud de no ideologizarse y por el contrario, ser un puente permanente entre el diálogo norte-sur. Un ejemplo de ello fue la política que se manejó con Cuba hasta fines del siglo pasado, la cual se vio siempre significada por su relación histórica desde el descubrimiento de América y la etapa virreinal, hasta su importante papel de equilibrio en el marco de la guerra fría, en el que México mantuvo un apoyo firme respecto de la soberanía de la República de Cuba frente al más agresivo de los desplantes hegemónicos de Estados Unidos; postura de México que llevó a Fidel Castro a declarar en 1992: *Estoy satisfecho de la conducta de México, siempre amistosa, siempre solidaria; aquí he sentido el calor y los sentimientos de amistad.* (Milenio, febrero de 2007).

No obstante todo lo anterior, es importante reconocer que los saldos de México con la región en general, hoy son negativos, tanto en la parte comercial como geopolítica, perdiendo de manera importante el liderazgo moral, más que económico, que de manera tácita y expresa la zona le reconoció hasta principios de la década de los noventa. En la parte comercial, el olvido derivado del éxito TLCAN, llevó a la parte oficial a estimar que la relación México-Brasil significaba una mañana de comercio, evidenciando por un lado los bajos números del intercambio, pero por el otro, el enorme desconocimiento de la historia de América Latina y la falta de visión de un fenómeno global que no inicia ni se agota con Estados Unidos, ni con el TLCAN.

Por otro lado, Latinoamérica tampoco ha sabido traducir la firma de México en el TLCAN en beneficio de sus propios intereses. Bajo un criterio formalista y no global, lo primero que reclamó fue la homologación de derechos bajo el fundamento del artículo 44 del Tratado de Montevideo, o sea, beneficiarse de las ventajas, favores, franquicias, inmunidades o privilegios que México hubiese otorgado a Estados Unidos y Canadá por

³⁶ Oropeza García, Arturo, México-Mercosur, un nuevo diálogo sobre la integración, Ob. Cit. P. 155

medio del TLCAN. En ese sentido, la visión fue corta, al no dimensionar la plataforma mexicana como un esquema facilitador y ventajoso para mejorar su oferta al mercado americano; como dice Rosario Green: de captar a México como una bisagra útil entre el norte y el sur.

Brasil, por su parte, en el marco de su teoría de círculos de influencia, ha concentrado sus políticas de integración en el Mercosur, como el brazo formal-jurídico; de igual modo que en la CSN, a través de la cual conduce su visión geopolítica subregional, en plena concordancia con el Mercado del Sur.

La vida política de Brasil no siempre ha ido con la sintonía generalizada de la región. Incluso durante la vida de Bolívar, no fueron pocas sus instancias para *hacer entrar en razón al Emperador de Brasil*,³⁷ en temas de límites relativos a otros países sudamericanos. Brasil, como señala Dos Santos, *...siempre fue el bastión de las fuerzas reaccionarias latinoamericanas. Fue un imperio cuando el continente era republicano. Fue esclavista hasta 1888, cuando el continente abandonaba ya el trabajo servil. Se incorporó a la industrialización moderna cuando Argentina y Uruguay emanaban las dificultades para continuar su proceso industrial. Se niega hasta nuestros días, a una reforma agraria y con el golpe de 1964 inspiró en el enorme continente a gobiernos militares pro-americanos, reaccionarios y represivos*.³⁸ Sin embargo, agrega el mismo autor, a partir de una política más independiente y próxima al no alineamiento, producto de las presiones latinoamericanas, Brasil se ha ido plegando a políticas regionales a través del Grupo de los Ocho, del Grupo de Río, de la Conferencia Iberoamericana y del Parlamento Latinoamericano, entre otros; no obstante, como señala Seixas Correa: *El Mercosur es el proyecto más importante de política exterior de Brasil*.³⁹

Su historia, sus circunstancias, sus pretensiones regionales, pero de manera más importante, el estancamiento en una política arcaica que confunde todavía a socios estratégicos con enemigos; a mercados regionales con mercados cerrados; y a cadena de valor con simple

³⁷ Busaniche, José Luis, Ob. Cit. P. 186

³⁸ Dos Santos Theotonio. Ob. Cit. P. 121

³⁹ Campbell Jorge, Mercosur, entre la realidad y la utopía, Centro de Economía Internacional, Argentina, 1999, p. 229

exportación de bienes, define una relación México-Brasil, que no ha tenido la altura para entender su trascendencia como punto de partida de un proceso global exitoso para toda la región.

La relación México-Brasil, a lo largo de su historia, ha sido definida más por la cultura que por el comercio. En el periodo que se sucedió a la década de los años veinte, la lista de *escritores-viajeros* es muy amplia: Carlos Pellicer, Alfonso Reyes, Ronald de Carvalho, Luis Quintanilla, José Gorostiza, Ciro dos Anjos, Ribiro Couto y Viana Moog, son solamente algunos de los nombres más representativos. Dentro de ellos, destaca de manera especial, el político y escritor José Vasconcelos, jefe de la misión mexicana enviada a los festejos del Centenario de la Independencia en Brasil, en 1922. Después de Vasconcelos, Alfonso Reyes arribó a Rio de Janeiro, donde vivió aproximadamente seis años, atendiendo sus tareas de Embajador Plenipotenciario de México en Brasil y sus labores de escritor. De la parte brasileña, 18 años después de la partida de Reyes de Brasil, visitó México el escritor brasileño Érico Veríssimo, que entonces era alto funcionario de la OEA y quien publicara en 1955 *Diario de un Viaje*.

A diferencia del tema cultural, la materia económica y el comercio se han significado en el tiempo por sus resultados limitados. De manera reciente, en 1997, se vivió un impasse ante el vencimiento del Acuerdo de Preferencia Arancelaria Regional (PAR), celebrado en el marco de la ALADI, el cual tardó cinco años en renovarse. Durante este largo receso, los acercamientos se dieron, más siempre estuvo ausente un compromiso real de avanzar en el aumento de los universos arancelarios, de igual modo que en la posibilidad de integrar a México en el esquema Mercosur, bajo una figura comercial posible, por ejemplo, de 4+1. Este largo interludio se resolvió hasta el 3 de julio de 2002 cuando se firmó el Acuerdo de Complementación Económica Num. 53 y que entró en vigor en mayo de 2003, el cual regula 795 productos, con preferencias arancelarias que oscilan de manera recíproca entre 20 por ciento y 100 por ciento. Este acuerdo, no obstante sus limitaciones, ha favorecido el comercio bilateral; destacando el papel jugado por Brasil, el cual, desde 1995, incrementó sus envíos diez veces; en comparación con México, que los vio disminuidos:

Balanza comercial de México con Brasil

Valores en miles de dólares

Año	Exportaciones	Importaciones	Comercio Total	Balanza Comercial
1990	167	360	527	-192
1991	185	755	940	-570
1992	408	1,110	1,518	-701
1993	292	1,200	1,492	-908
1994	376	1,225	1,601	-849
1995	800	565	1,365	234
1996	878	690	1,568	188
1997	702	869	1,572	-166
1998	535	1,037	1,573	-502
1999	399	1,128	1,528	-729
2000	517	1,802	2,320	-1,285
2001	584	2,101	2,686	-1,516
2002	480	2,565	3,045	-2,084
2003	418	3,267	3,686	-2,848
2004	574	4,360	4,935	-3,786
2005	654	5,211	5,865	-4,556
2005 /1	595	4,744	5,340	-4,149
2006 /1	695	5,102	5,797	-4,406

Fuente: Secretaría de Economía con datos de Banco de México
/1 Periodo enero-noviembre

En lo que hace a la postura de Brasil en las relaciones Mercosur-México, puede decirse que le ha faltado voluntad política para buscar un camino regional compartido, a diferencia de las posturas que en diversos momentos han observado Argentina, Paraguay y Uruguay. Sin embargo es importante señalar que la actitud sostenida de 97 a la fecha está variando de manera importante, ante el cambio de posición de los propios empresarios brasileños, que cada vez reconocen al mercado global como una presión del entorno y de ahí la necesidad de participar en figuras de integración más amplias que les abran posibilidades de negocio. Como ejemplo de ello están las expresiones de fabricantes estratégicos de Brasil que antes se oponían a incluir sus sectores dentro de la política de ampliación del bloque (como el automotriz y de autopartes) y que ahora han dejado en claro su voluntad de trabajar más integrados con México.

Debe reconocerse que el traslado de posturas proteccionistas de mercado cerrado, a la de competencia global, no ha sido fácil para ninguno de los países latinoamericanos, ni para sus empresarios. No obstante, la necesidad de nuevas y mejores estructuras jurídicas de integración, son un requerimiento para la ampliación de su intercambio.

VI. Conclusiones

Los más de 40 años transcurridos de integración formal han venido a confirmar que el problema de complementación de la zona obedece más a razones políticas, que a problemas estructurales o funcionales. Que siguiendo un síndrome prehispánico de renovación de estructuras o pirámides, cada cierto número de años renovamos el proyecto original, superponiendo únicamente nuevas piedras a las estructuras anteriores, sin que por ello estemos trabajando en nuevas instituciones.

El mundo globalizado sigue una tendencia de fusiones que cambian día a día el esquema del estado-nación, por un esquema de regiones. Así vemos por un lado a la Unión Europea; a la ASEAN en Asia del Este; a la Asociación del Sur de Asia para la Cooperación Regional, a partir de la India; a la Unión Aduanera Sudafricana en el Sur de África, etc. Al mismo tiempo, con estas nuevas regiones de la economía y el comercio, conviven naciones que por su territorio y valor económico, constituyen verdaderas regiones virtuales en si mismas, como lo son los Estados Unidos de Norteamérica, China e India.

La integración ha dejado de ser una alternativa del desarrollo para convertirse en una necesidad del desarrollo. La *no-integración* tiene un costo que se paga con menos empleos y menos puntos de PIB para las economías de América Latina.

Dentro del reto enorme que significa una *globalización desbocada*, la única integración regional que tiene sentido es la latinoamericana. Cualquier figura subregional que opere fuera de este contexto, lo único que hace es limitar y retrasar las diversas posibilidades de un desarrollo compartido y de una mejor defensa de los intereses comunes de la zona.

Para el caso mexicano, la CSN y la ALBA, representa una disminución en su presencia comercial en la zona, la cual ya tenía ganada

desde 1960. Si bien ahora cuenta con tratados de libre comercio con 5 de los 11 países firmantes, la verdad es que el mayor comercio e influencia de la región se concentran en Brasil y Argentina, con quienes se tienen Acuerdos de Complementación Económica obsoletos e insuficientes.

Ante el dinámico movimiento de la zona, México deberá redescubrir el interés de la subregión a través de una diplomacia oficial y privada, que sea sistemática y suficiente. La ausencia de una política sensible en la subregión, por lo menos en los últimos 10 años, acusa ya la pérdida de posiciones y el aumento en el déficit con el comercio de sus principales países. México no puede olvidar su origen y sus complementariedades regionales por más negocio que haga con el norte.

Debe recuperar su historia y su identidad perdida y regresar al importante papel que le toca jugar dentro de la Comunidad Latinoamericana de Naciones.

Al mismo tiempo, Sudamérica tendrá que reconocer que la figura segmentada de una Latinoamérica partida no favorece a nadie. Que dejar fuera a la historia, la cultura y a la idiosincrasia, pero al mismo tiempo, a la economía más grande y más exportadora de la región, junto con las naciones centroamericanas y del Caribe, es una idea que no alcanza dentro de la feroz lucha de bloques que se libra hoy por los mercados.

Finalmente, México y Brasil, de frente a una *globalización desbocada*, tendrán que asumir más temprano que tarde el compromiso que se desprende para ellos, en su calidad de representar a los países más grandes de la zona, (como lo están haciendo China e India, como lo hicieron Francia y Alemania), de ser la plataforma política y económica, a través de la cual se construya la *integración posible* de Latinoamérica.

Referencias bibliográficas

- Arnaud Vicente Guillermo, *Mercosur. Unión Europea y Nafta y los Procesos de Integración Regional*, Argentina, 1996.
- Busaniche, José Luis, *Bolívar visto por sus contemporáneos*, Fondo de Cultura Económica. México, 1995.
- Campbell, Jorge, *Mercosur, entre la realidad y la utopía*, Centro de Economía Internacional, Argentina, 1999.

- Dos santos, Theotonio, *Economía mundial. La integración Latinoamericana*, Plaza and Janes, México, 2004.
- Giddens, Anthony, *La tercera vía y sus éxitos*, Taurus, México, 2001
-----, *Un Mundo Desbocado*, Taurus, Madrid, 2000.
- Oropeza García, Arturo, *México-Mercosur, un nuevo dialogo sobre la Integración*, IJ, UNAM, Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales, Plaza y Valdez, México, 1999.
-----, *China entre el reto y la oportunidad*, IJ, UNAM, Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales, México, 2006.
-----, Oropeza García. Arturo. *Los Esquemas Latinoamericanos de Integración frente al ALCA*. Publicado en: *ALCA, un Debate sobre la Integración*, México, IJ UNAM, CARI, 2003.
- Lerman Alperstein Aida. *El debate sobre la globalización y la naturalización*. Revista de Comercio Exterior. Num. 12. México, Dic, 2006.
- Oppenheimer, Andrés. *Cuentos Chinos*, Plaza and Janes. México, 2005.
- Toffler, Alvin y Heidi, *Las guerras del futuro*, Plaza and Janes. España, 1994.
-----, *La Revolución de la Riqueza*. Debate, México, 2006.
- Soros, George, *Globalización*, Planeta, México, 2002.
- Stiglitz, Joseph E., *Cómo hacer que funcione la globalización*, Taurus, México, 2006.
- Ulrich, Beck, *Poder y contrapoder en la era global*, Paidós, Madrid, 2004.
- Valle Heliodoro, Rafael, *Bolívar en México*, Acervo Histórico Diplomático, segunda reimpresión. México, 1993.